

Objetos Urbano-Arquitectónicos del turismo cultural. Invenciones y desafíos de la metropolización del Bajío

Dr. David Navarrete Escobedo

Departamento de Arquitectura de la Universidad de Guanajuato

Resumen

Se explora la relación entre la cultura y el crecimiento urbano durante los últimos años en la región del Bajío. Dos preguntas estructuran esta reflexión: ¿Cómo el consumo cultural determina el crecimiento urbano? ¿Cómo la escala metropolitana ha creado nuevas formas territoriales, afectando a la actividad cultural que tiende a configurarse en forma de enclave? A través de los principios de organización espacial de la actividad cultural, en específico con el caso del Parque Guanajuato Bicentenario, buscamos analizar e interpretar algunos de los nuevos modelos de crecimiento urbano de la era metropolitana.

Palabras clave: Turismo cultural, crecimiento urbano, Parque Guanajuato Bicentenario

Introducción

Varias fuerza mundiales en el ámbito de la economía, de la tecnología y del consumo cultural tienen una incidencia directa en el modelo de urbanización del corredor urbano más importante del centro de México, el del estado de Guanajuato. En los últimos treinta años ha basado su desarrollo principalmente en una industrialización de tipo automotriz, agroalimentaria y de calzado. Más recientemente ha volcado su atención a otros sectores potenciales de su economía: el turismo y la cultura. Ello según la lógica de modelos urbanos que hace de esas amenidades una motivo decisivo para la atracción de nuevas inversiones y el estímulo del desarrollo social. Receta que

ha funcionado para otras ciudades, en particular las grandes capitales de los países desarrollados y que en el argot urbanístico internacional se le ha designado entre otros como “el modelo Barcelona”. Pero su adaptación al contexto mexicano y en particular al del Bajío resulta ser menos contundente que en otras latitudes. Aquí los gobiernos locales se han lanzado a una frenética y poco reflexionada estrategia de “culturalización” de un corredor urbano-industrial con importantes inconsistencias tanto del punto de vista de las políticas culturales como de las urbanísticas y económicas. Esas intenciones se han convertido en grandes derroches

económicos determinados por vicios endógenos: corruptelas, caprichos gubernamentales y falta de proyectos con visión multidimensional y a largo plazo. En tanto han dejado escapar extraordinarias oportunidades de mejora sustancial de calidad de vida de los guanajuatenses, sobre todo de grupos con alto grado de marginación socio-espacial.

Así el turismo y la cultura prometedores de un gran potencial de desarrollo han justificado grandes inversiones públicas en la construcción de súper-estructuras, de las cuales poco se conocen sus beneficios en términos de derrama económica, creación de empleos permanentes y de calidad; y de democratización de la cultura.

Hacia nuevas escalas de urbanización

Nos gustaría establecer un momento clave en la historia de la urbanización de las ciudades mexicanas, en la segunda mitad del siglo XX. En él se comenzó la modernización y la transformación en la que nuestro país pasó a ser mayoritariamente urbano. Varios factores como la migración rural-urbana y la industrialización, estructuraron los polos que dirigirían el desarrollo nacional. Así se impulsó el crecimiento de varias metrópolis (Ciudad de México por excelencia, Guadalajara, Monterrey o Puebla); y de algunas regiones urbanas como el Bajío mexicano. Este periodo sentó las bases para la revolución de escalas espaciales que caracterizan la estructura urbana actualmente.

Mutaciones económicas y nuevos patrones espaciales en México

En términos económicos los años ochenta del siglo pasado fueron decisivos por la liberación de la economía mexicana y su entrada al mercado mundial. A partir de esos años, el desarrollo de las ciudades ya no dependía exclusivamente de los planes e

infraestructuras financiados por el Estado. Éste debilitó su intervención y permitió la entrada de capitales privados y extranjeros en varias ramas de servicios que eran de su exclusividad. Particularmente los intereses del capital privado en el sector industrial, de comunicaciones e inmobiliario marcaron una nueva etapa del crecimiento de las principales ciudades del país. Ella consistió en la más grande extensión espacial experimentada por las zonas urbanas mexicanas, con mucha frecuencia bajo condiciones de intereses de políticos y de cacicagos locales. Una mención particular merece la firma del TLCAN (Tratado de Libre Comercio para América del Norte) que impactó fuertemente el aparato industrial mexicano. El sistema de maquiladoras se implantó en la frontera norte, la región capital sufrió una importante pérdida de su planta productiva en ese sector y otras regiones aparecieron como competitivas para atraer esos industriales capitales extranjeros. A este tipo de regiones se incorporó el corredor urbano del Bajío. Sus ventajas fueron, como en la mayoría de los centros de producción

de los países emergentes: mano de obra barata, políticas fiscales privilegiadoras y una ubicación estratégica con respecto al principal mercado de consumo mundial, los Estados Unidos de Norte América.

Por su parte los transportes permitieron atraer ciertas actividades de producción industrial de compañías transnacionales hacia México. Asociados con las comunicaciones y la nueva organización global de la economía esas empresas rentabilizaban cada vez más los traslados de mercancías. Con ello se mejoró la conexión a los mercados de consumo nacionales e internacionales y se permitieron radios mayores para relocalizar los centros de producción y distribución. Así vemos como desde finales del siglo pasado y en lo que va de este, las plataformas logísticas, las líneas férreas, los aeropuertos, los enclaves industriales y las autopistas dirigen parte importante la expansión urbana del Bajío.

En términos espaciales las últimas décadas del siglo XX representaron la primera gran desarticulación de formas y escalas de la ciudad histórica mexicana. Aparecen los parques industriales; las colonias populares en periferias no dejan de multiplicarse; las ciudades dormitorio de vivienda de interés social surgen como champiñones; los ejes viales y anillos periféricos van marcando la extensión urbana; se construyen en zonas alejadas del centro tradicional los grandes equipamientos urbanos: centrales de abasto, de autobuses, centros comerciales, hospitales, centros administrativos y otros.

El México urbano: dispersión, fragmentación y multipolaridad

Dichos cambios estructurales de la economía y de la tecnología han determinado dos dinámicas opuestas pero complementarias bajo las cuales se rige el crecimiento de las ciudades del Estado de Guanajuato. ¿Cuáles? La concentración y la dispersión. Por un lado se focalizan los flujos humanos y de riqueza en dirección de polos regionales (León, Irapuato, Celaya, Guanajuato y Salamanca). Lo anterior en las implantaciones de actividades (vivienda, comercio, producción y administración) que se hacen en sus periferias cada vez más extendidas y que han determinado un abandono general y progresivo de sus núcleos urbanos históricos. Y por otro lado está la dispersión que toma dos formas, la lineal y/o la puntual. En el primer caso tenemos las urbanizaciones continuas que bordean las carreteras y las autopistas. En el segundo tenemos los enclaves especializados tipo aeropuerto, centro de investigación e innovación, parques industriales y mega-estructuras comerciales o culturales.

En síntesis podríamos definir el último periodo de urbanización del Bajío como un mosaico compuesto por los centros históricos de origen colonial –revisitados versión Patrimonio de la Humanidad– con traza urbana y escala arquitectónica uniforme y bien distinguida en los casos que su conservación lo haya permitido. Bordeándolos, las primeras extensiones modernas de inicio de siglo XX. Luego la expansión acelerada de la segunda mitad del siglo pasado en las que se multiplicaron los asentamientos irregulares. Lo completan

nuevas formas territoriales y los polos urbanos de centralidades periféricas: aeropuertos, centros comerciales, barrios de negocios, enclaves residenciales, fraccionamientos de interés social, entre otros. En esta nueva estructura de la urbanización se ha cambiado completamente de escala –ciudadina- y se ha

pasado una escala territorial o metropolitana, construyéndose así una yuxtaposición que genera un ensamble de trozos urbanizados y heterogéneos estructurados por objetos tecnológicos y comerciales.

Ciudad, Turismo y Cultura

Consumo cultural práctica social en crecimiento

Igualmente a partir de las últimas décadas del siglo XX, el ámbito social de varias ciudades mexicanas presentó nuevos paradigmas. Ellos están estrechamente relacionados con las mutaciones tecnológicas (transporte y comunicación) y económicas de la era globalizadora descrita anteriormente. Comentaremos aquí como esas mutaciones convergen también para determinar nuevos patrones de consumo relacionados con la Alta Cultura. Las sociedades urbanas de todo el mundo se ven marcadas por las clases medias y medias altas que dirigen los valores emergentes de una sociedad postfordista (Harvey D. 1988; Baudrillard 2011; Urry J. 1990; Sassen S. 1996). Una sociedad más individualizadora, flexible, móvil y de expresiones culturales híbridas. Es el caso de México y de la región del Bajío, en particular por la proximidad geográfica y buena conexión con los Estados Unidos de Norteamérica.

El sociólogo británico J. Urry (1990) nos dice que en occidente (y en los países occidentalizados como México), se está desarrollando un proceso de redistribución

del poder simbólico de los grupos que configuran la estructura social de los principales centros urbanos. Los individuos de las clases medias buscan los medios para distinguirse de las masas populares y de la aristocracia. Lo hacen particularmente al consumir productos y servicios más exclusivos y personalizados – viajes, moda, autos, computadoras, etc.-. Trabajos como el de Richard Florida (2002) sobre la *Creative Class* (Clase Creativa) y el citado de John Urry sobre la *Service Class* (Clase de Servicios) ilustran como esos grupos sociales van determinando los paradigmas socioculturales por medio de un consumo de Alta Cultura. Lo logran por que en las regiones urbanas más importantes a nivel mundial esa clase media superior se ha engrosado y actualmente ocupa puestos privilegiados en los medios de comunicación, la moda, el arte, el diseño, la investigación, la innovación, la tecnología, la informática, el marketing, la publicidad, el lujo y otros sectores de punta.

Al ser la internacionalización el sello de las dinámicas sociales y económicas contemporáneas, esa influencia no aparta a las sociedades tercermundistas.

En su afán de occidentalizarse, ellas copian los patrones culturales de los países desarrollados. Así a nivel planetario la “cultura” se ha convertido en un producto de consumo y en el de un status social (Baudrillard *op.cit.*). Ese proceso demanda la creación incesante de símbolos de cultura que impacta a lo político y a lo espacial.

La reorganización económica y social descrita anteriormente, conduce a una revalorización de la Alta Cultura en las zonas metropolitanas y en ciudades medias de México. Esto se refleja en la omnipresencia de las expresiones de arte en la mayoría de las actividades socio-espaciales: trabajo, ocio, economía, política y claro está en la planificación urbana. Ello con sus respectivas manifestaciones espaciales, visibles en los proyectos urbanos más importantes de nuestras ciudades donde encontramos museos, óperas, teatros, centros de Arte y cultura, enclaves de industrias creativas, institutos de la cultura, festivales, academias de arte, boutiques especializadas, asociaciones artísticas y culturales, entre otras.

Exigencias culturales de urbanismo y planificación

El urbanismo se ve confrontado entonces a una demanda creciente del componente cultural en sus estrategias de intervención espacial. Situación que en México toma nuevos tintes pues se ve determinada por la adopción de recetas urbanísticas de los países del desarrollados en las que la cultura se vuelve la panacea de los males sociales, económicos y espaciales de las ciudades globalizadas. Hasta nuestras latitudes los ecos del Guggenheim de Bilbao, de los

Docks londinenses, de los museos parisinos, del mercado de Quincy, entre otros, hacen soñar a cualquier alto cargo de la planificación urbana. Es ahí donde el urbanismo también en vías de homogeneización planetaria coincide con demandas “locales” de una sociedad sometida a los patrones de un consumo cultural mundializado. Entonces se abren las puertas a los componentes culturales para que sirvan a los fines de la planificación y el desarrollo de metrópolis y regiones urbanas.

Nuevos objetos urbano-arquitectónicos

Los contextos sociales y urbanísticos descrito anteriormente explican el origen y la naturaleza de varios de los proyectos urbanos más importantes de los últimos años en México y particularmente en el Bajío. Los primeros los podríamos clasificar dentro del termino “Imagen Urbana del Centro Histórico” para retomar los conceptos de las administraciones locales que por medio de un programa del Estado financiaba intervenciones fachadistas durante los años noventas del siglo pasado y los primeros del siglo XXI. Es el caso en nuestra zona de estudio de los centros históricos de León, Celaya, Irapuato, San Miguel de Allende y Guanajuato en dónde intervenciones visuales, y por tanto cuestionables han buscado rescatar monumentos e identidades “culturales”. Ello sin atender el tejido social de los centros históricos determinante también para rescatarlo de un progresivo deterioro. Los segundos, los de la última generación los podríamos clasificar dentro de la categoría de objetos urbano-arquitectónicos

para fines turísticos y culturales. Ellos se impregnan de los valores de la globalización que determinan el crecimiento espacial del corredor urbano guanajuatense, aquellos que describimos en la primera sección. El resultado de los nuevos espacios para la cultura, el turismo y el ocio, es una estructura cerrada de tipo enclave industrial (*sic*), en grandes extensiones de terrenos subutilizados fuera de manchas urbanas consolidadas, que expande los límites territoriales de la ciudad, que la fragmentan y la segregan. En esos polígonos los principios de consumo comercial, de

eficiencia tecnológica y de transporte son determinantes y justifican su funcionamiento. La evidencia espacial de esas “maquinarias culturales” la encontramos en varios equipamientos visiblemente subutilizados: el Foro Cultural Guanajuato, con el parque y museo de ciencia Explora, con el Teatro Bicentenario, con el Museo de Arte e Historia de Guanajuato y la Biblioteca Central Estatal; y por supuesto, el más reciente y tal vez el más cuestionable Parque Guanajuato Bicentenario de Silao.

El Parque Guanajuato Bicentenario

Antecedentes del proyecto, inversiones y gestión

El Parque Guanajuato Bicentenario (PGB) tiene su origen en el contexto social y económica descrito anteriormente en el marco global, pero también lo tiene en un elemento coyuntural: el bicentenario de la Independencia de México y el centenario de su Revolución festejados en 2010. Sumado a ello el capricho del Gobernante en turno Juan Manuel Oliva y de un grupo “El Yunque”, enorgullecidos con en el hecho de que en esta región se gestó el movimiento independentista que dos siglos antes liberó a México de la Corona Española. Se justificaba entonces un festejo, desde el punto de vista gubernamental por medio de un elemento cultural que además proponía, mejorar la oferta cultural y turística del estado. Vista así, la idea parecía tener buenas intenciones. Lo criticable del proyecto vino en la práctica, cuando se dio a

conocer el monto de la inversión prevista en 750 millones de pesos mexicanos (que después se convirtieron en 1600), en medio de una de las crisis mundiales más devastadoras en la historia capitalista que recortaba presupuestos gubernamentales a diestra y siniestra; luego por su poco atinada ubicación en términos urbanos, en una *No Man Lands* de la cultura; y sin olvidar la presumible corruptela sobre la asignación de recursos para la ejecución de obras, adquisición de terrenos y gestión del Parque que quedó siempre entre los favoritos de aquel gobernador.

Se trata de un proyecto por demás improvisado. En la coyuntura festiva, económica y urbanística, la forma en que los bien intencionados grupos locales (aliados del gobernador, empresarios de la construcción y de servicios) concebían el proyecto no debió verse materializada. Literalmente, el proyecto no establecía los

objetivos ni el destino de la inversión a mediano, mucho menos a largo plazo. Decía el Gobernador, cuando se le preguntaba sobre lo que pasaría con las instalaciones del PGB luego de 2010: “es una cuestión de prioridades, estamos en el paso 1 que es el festejo, una vez cumplido ello veremos que se hace en el paso 2, primero 1 y luego 2, no podemos adelantarnos”... O lo que es lo mismo, primero endeudemos al gobierno con varios millones, con lo cual se hubiesen podido construir 3 000 viviendas para las clases populares; generar empleos fijos por medio de apoyo a micro empresas locales; o bien pagar la educación universitaria a unos 2500 jóvenes de escasos recursos en universidades privadas, por que las públicas están saturadas. Vaya que eso si hubiese dado motivos para festejar a una nación. Luego de la demostración de las grandes capacidades de gestión de proyectos de las autoridades del Estado de Guanajuato, el paso 2 aún no tiene respuesta: el gran festejo se ha convertido en un lastre que sigue erogando al erario público con unos 70 millones de pesos anuales para su mantenimiento, además de la fuerte inversión inicial por la que se endeudo al Estado guanajuatense.

Características urbanas y arquitectónicas

Paradójicamente el principal defecto urbano, la conectividad, se vendió en un principio como la gran ventaja del sitio de implantación elegido para el PGB. Y es que los gestores del proyecto no consideraron que la naturaleza de este tipo de equipamiento exige un tejido económico y

social de proximidad en el que toma toda su fuerza y sentido. Los verdaderos criterios de la elección del predio de 90 hectáreas siguen siendo un misterio. Es verdad que se encuentra en una zona privilegiada de autopistas, carreteras y comunicaciones que harían de una alta competitividad a cualquier maquiladora automotriz, por ejemplo (además de la proximidad de la planta General Motors). Pero se trataba de un complejo cultural! ¿Por qué empeñarse en insertarlo en medio de una zona con clara vocación industrial? Otro argumento gubernamental brillante vino al rescate de las inconsistencias del PGB en ese sentido: “Se busca que el Parque Cultural Guanajuato (nombre con el que se le concibió) sea de interés regional, que beneficie a las ciudades que la rodean en un radio de 30 km: León, Irapuato, Silao y Guanajuato”.

Con la elección de la ubicación del proyecto cultural se perdió la gran oportunidad de hacer aunque sea un remedo de aquellos efectos prometedores de renovación o de dinamización de la economía urbana de alguna de las ciudades norteamericanas o europeas en las que ese tipo de operaciones se inspiró. ¿Qué hubiese pasado si en lugar de realizar un polígono aislado compuesto de grandes naves con usos culturales, se hubiese construido un esquema de varios sitios culturales insertos en tejidos urbanos consolidados, densos y con vocación afín como el centro histórico de la ciudad de Guanajuato? La respuesta nunca la sabremos.



Aspectos urbanos y arquitectónicos del Parque Guanajuato Bicentenario.
Foto: David Navarrete (2012)

Impacto económico

No existe, por parte de la administración estatal, un estudio detallado sobre los beneficios económicos generados de la creación del Parque Guanajuato Bicentenario. Lo que si se ha hecho es una manipulación de las cifras del turismo con el fin de justificar la inversión. El observatorio Turístico de Guanajuato, ha atribuido a la apertura del PGB el excedente del 20% de la cifra de visitantes en el estado con respecto a 2009. Lo cual al multiplicar por el gasto promedio del turista en Guanajuato (500 pesos mexicanos) a situado la derrama en 200 millones por ese concepto. Ello se da por hecho aunque la realidad del turismo guanajuatense en aquel año, 2010 no fue diferente a los anteriores pues los visitantes tuvieron como principal motivo y destino la ciudad capital con sus eventos ya de larga tradición fiestas de septiembre, el Rally y el Festival Internacional Cervantino en octubre; así como la ciudad de León con su Feria Internacional del Globo y su Feria regional.

En sus primeros seis meses de funcionamiento el parque recibió unos 4 millones de visitantes, aunque fue proyectado para recibir 10 millones, la misma cifra de los lugares más visitados del mundo como la catedral de Notre-Dame de París. Pronto la realidad mostró que esa cifra era inalcanzable pues en las fines de semanas del verano y del mes de septiembre y noviembre, en el pico de su promoción solo recibió 20 mil visitantes por día. Un factor ha sido determinante en las cifras de visitantes, se trata del acuerdo del Parque Bicentenario con la Secretaría de Educación de Guanajuato para programar visitas escolares durante todo el segundo semestre de 2010 y el primero de 2011, el problema es que la oferta no se renueva anualmente por lo que las escuelas que ya han realizado el viaje de estudios no han vuelto a visitarlo.

La comercialización de los espacios de venta de comida, servicios y suvenires ha representado otra importante entrada de ingresos, pero no duradera. El gastos

promedio de los visitantes al Parque es de 45 pesos, el problema es que la mayoría del tiempo el parque luce vacío y hay algunos fines de semana de temporada alta como lo del verano en la que solo son un par de centenas de individuos quienes lo visitan. En esas condiciones los empresarios ven difícil la sobrevivencia de sus empresas y muchos han optado por cerrar sus establecimientos en el Parque. El apogeo inicial y de cierta forma artificial de la frecuentación se extinguió.

Otro indicador importante que podría dar cuenta del beneficio económico del Parque Guanajuato Bicentenario, el empleo se encuentra igualmente carente de análisis cuantitativo o cualitativo. Al verano de 2013 ninguna autoridad, ni siquiera el Patronato encargado de su gestión puede establecer el número de personas que

laboran en el equipamiento cultural. Cientos, afirman sus gestores, pero no se aventuran a dar una cifra. Se escudan en el hecho de la subcontratación de servicios a empresas particulares que operan independientemente y no declaran el número de empleos que contratan. De lo que si no hay duda es de las cuestionable cualidades de esos “cientos” de empleos: de baja calificación y consecuente remuneración. Según se aprecia en el funcionamiento cotidiano del equipamiento cultural, el grueso de los trabajadores se desempeña en labores de limpieza, venta de alimentos, jardinería, mantenimiento y seguridad privada. Lo hacen por una jornada de 8 a 10 horas y por un pago de 650 pesos semanales, según declara una trabajadora del área de comida.



Trabajadores del Parque Guanajuato Bicentenario.
Foto: David Navarrete (2012)

Impacto en la cultura

Y a todo esto, ¿Cuál fue la verdadera aportación PGB a la oferta cultural y a su CULCyT//Septiembre-Diciembre, 2015

democratización o acercamiento a grupos sociales y artísticos locales a los que estaba prometido? Pues para continuar con la línea,

no se puede presumir de un gran avance en esa materia. El equipamiento ha presentado una organización espacial excluyente y dirigida a algunos grupos sociales privilegiados. Aquellos que tiene un automóvil particular, el presupuesto para hacer el viaje (gasolina, peajes) y para consumir “algo” en el parque (comida o compras) y claro está pagar la entrada que para una familia de 4 personas sería de 100 pesos.

La programación cultural tampoco parece ser inclusiva. No existe una estrategia clara de iniciación a la cultura o de participación de grupos populares en el parque. Primero por su lejanía y luego por su mal servicio de transporte público. La situación es similar con respecto a grupos de artistas locales que pudieron haber encontrado un espacio en las instalaciones del equipamiento. El parque puede albergar 500 mil visitantes en espectáculos masivos como conciertos o como la misa del Papa Benedicto XVI, pero no se interesa en las compañías locales de teatro, danza, pinturas, etc.

Las características antes mencionadas cuestionan un hecho fundamental de los equipamientos culturales: su contribución a una identidad “local”. El PGB no es reconocido por las comunidades rurales vecinas (marginales todas), ni tampoco por las sociedades urbanas de León, Guanajuato, Silao o Irapuato, como propio. De hecho existe confusión sobre a qué ciudad pertenece pues se ha implantado en el municipio de Silao pero su población está desconectada espacial y funcionalmente de las instalaciones y de las actividades culturales. Ni su arquitectura (genérica, más bien emparentada con naves industriales que con salas de exposiciones museográficas) ni su escala, metropolitana (pensada para ser vista desde el automóvil particular) le favorecen. Ni el elemento más emblemático del conjunto, una escultura de 90 toneladas y 30 metros de altura visible desde la autopista, ni la arquitectura de “Boxes”, hablan de un espacio localizado, es decir representativo y reconocido con los valores sociales del territorio en el que se implanta.

Conclusión

El Parque Guanajuato Bicentenario puede ser interpretado como el producto de los cambios estructurales del espacio urbanizado y de la actividad del consumo cultural de los últimos años. La influencia de la globalización invita a una región a diversificar su economía con actividades vinculadas con la cultura y el turismo. Pero ellas se vuelve víctimas de males endógenos como la corrupción y con ello se priva a la

sociedad local de sus beneficios más reconocidos: mejora de la oferta cultural, mejora de calidad de vida, regeneración urbana, dinamización social, etc. Las dinámicas económicas, las tecnologías y la falta de estudios serios de planeación han dado nuevas formas urbanas y arquitectónicas vinculadas con la cultura: espacios concebidos bajo el esquema de enclave industrial, fragmentado, discontinuo

y polarizador. El resultado se ilustra con el Parque Guanajuato Bicentenario, es decir | un objeto urbano híbrido sin función definida y beneficio cuestionable.

Referencias

Baudrillard Jean. 2011. *La société de la consommation*, Saint Armand (Cher): Folio essais.

Florida Richard. 2002. *The Creative Class The Rise of the Creative Class: And How It's Transforming Work, Leisure, Community, and Everyday Life*, Basic Books, New York

Harvey, David. 1998. *La condición de la postmodernidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

Sassen S. 1996. *La ville globale : New York, Londres, Tokyo*, Trad. Denis-Armand Sophie, 1^{er} éd. 1991, Paris, Descartes et compagnie.

Urry John. 1990. *The Tourist Gaze: Leisure and Travel in contemporary societies*, London, Sage.